

que el arte que nada se gana, antes bien se corre a un desastre seguro, queriendo imitar la poesía italiana. Este libro de José de Deus, o la poesía épica, es una sátira de guerra, fingiendo o aun en estrofo más simpático, la poesía tan noblemente intelectual de An-tero de Quental.

IX

LA ACADEMIA Y LA LITERATURA

CARTA A MARIANO PINA.

Bristol, 25 de enero de 1888.

Mi caro amigo: A la vuelta del campo, en Año Nuevo, encontré la *Ilustração*, siempre bien venida, trayéndome su vigorosa y generosa crónica sobre el concurso de la Academia. Después recibí un viejo número del *Jornal do Comercio* con la designación del jurado, la votación y el informe de Pinheiro Chagas. De suerte que, teniendo ahora sobre la mesa el caso y los comentarios, puedo más seguramente conversar sobre el divertido episodio que, durante un momento, sacó a la Academia de esa somnolencia en que se eternizaba, muda y blanda, con la faz venerable caída sobre las hojas blancas de su Diccionario. Es muy probable, sin embargo, que todo el interés por la ilustre asamblea que vive en el barrio de Jesús (1) y por su lento des-

(1) La *Academia das Sciencias* de Lisboa (en la cual están refundidos todos los Institutos científicos y literarios de Portugal) está en la *Rúa do Arco a Jesus*, uno de los barrios más artísticos y evocadores de la capital portuguesa; un barrio tranquilo y silencioso.—N. del T.

pertar, se haya desvanecido ya en nuestra Lisboa ligera. Y como de la Malibrán muerta,

*peut-être il est trop tard
pour parler encor d'elle...*

Pues yo, por mi parte, caro amigo, nunca sentí por ese concurso ni interés ni curiosidad. Y esta indiferencia procede simplemente de que yo mandé *La Reliquia* a la Academia ya con la certeza, y la más visible, la más maciza certeza, de no embolsar esa apetitosa suma de mil duros (1), torcida y redondeada en corona de laurel... Ante esto, usted exclamará sorprendido: ¿Qué fué, pues, *La Reliquia* a hacer a la Academia?...

La Reliquia, querido Pina, fué a la Academia como usted puede ir a casa de Madame de Trois-Etoiles, señora fea, de caracoles y lazos amarillos, que cita a Marmontel y a La Harpe. No es, ciertamente, apetecible penetrar en un interior donde se cita a La Harpe y a Marmontel con lentitud y gula, pasando por labios pintados un pañuelo pretencioso hecho de encajes de sobrepelliz. Pero si Madame de Trois-Etoiles le ofrece todas las semanas un sitio en su palco de la Opera o de la Comédie Française, ¿qué hace usted, querido amigo, cuando por Pascua o por el *Grand-Prix*, la hedionda señora da una de esas recepciones con las salas abiertas de par en par, llenas de gente, que en Inglaterra se llaman un *aplastamiento* y en América un *sudadero*?

Usted, por gratitud, por deber, toma melancólicamente un *fiacre*; sube, con el *claque* debajo del brazo,

(1) *Essa apetecivel inscriçao de Conto*—dice Queiroz—. Ya se sabe que un *conto de reis* son, aproximadamente, cinco mil pesetas; pero aquí Eça hace un *trocadilho*, un juego de palabras, entre *conto* (cuento), y *conto* (cantidad de mil escudos). N. del T.

la clara escalera entre palmeras y azaleas; curva el espinazo delante de Madame que sonríe y susurra en un *frou-frou* de sedas; irrumpe hasta en el *buffet*, donde coge un *sandwich* de *foie-gras*, y con el pensamiento en los amigos alegres que le esperan a la esquina del Café de la Paix, se desliza sutilmente, murmurando: —“¡Demonio! ¡Qué pesadez!...” Ahora bien; precisamente así, por deber, en un *fiacre* y de levita, fué *La Reliquia* a la Academia—donde, a pesar de eso, no tuvo *sandwich*.

Sabe usted (o no sabe, porque estas cosas no las cuenta la *Agencia Havas*) que hace años la Academia de Ciencias me ofreció aquello que ahí, en la Academia Francesa, se denomina un *siège*—un asiento—a la mesa de sus trabajos. Si estos asientos se conservan altamente privilegiados por ocuparlos sólo los hombres de saber vigoroso y de viva originalidad, o si, por degeneración, se tornaron tan accesibles y fáciles y des-acreditados como los bancos del Rocío (1)—no me competía a mí averiguarlo. Cuando Madame de Trois-Étoiles le convida para su palco de la Opera, usted agradece la afabilidad sin escudriñar primero si en las banquetas de terciopelo se sientan archiduques de la casa de Hapsburgo o cajeros del *Bon Marché*. Yo ago lo mismo escrupulosamente. Todo portugués lo debe hacer; porque ya la sabiduría de nuestra nación lo enseñó en versos mediocres e inmortales:

Pilriteiro, das pilritos...
¿Porqué não dá coisa boa?...
Cada um dá o que tem
conforme á sua pessoa.

(1) La Plaza de Don Pedro V, centro de la animación de Lisboa, de la vida comercial y alegre.—N. del T.

En el asiento que la Academia me dió sólo vi, como debía, el favor, la simpatía, la honra. Y cuando por primera vez, después de una larga existencia de reclusión, abre ampliamente sus puertas, convida a todos los hombres de letras a traer sus obras para coronar la más digna—parecióme que si yo, despreciando este llamamiento aparatoso, me mantuviese aislado, con las espaldas vueltas a la palestra, sin mezclarme a mis compañeros de literatura, en un soberbio desdén de la Academia y de sus coronas, me mostraría singularmente descortés y pedante. Por eso, colgando una capa de papel pardo a los hombros de mi libro, el único que tenía en ese año del Señor, *La Reliquia*, ordenéle que fuese a la Academia, entrase, hiciese a la docta asamblea su reverente ceremonia, aceptase lo que le diesen—empujón o sonrisa—y continuase su camino natural, que es el de la calle y el de la vida... *La Reliquia* fué, recibió en los lomos un empujón y volvió a sumergirse en la turba libre, gruñendo, tal vez, como usted, en el patio de la señora atroz, que cita a Marmontel: “¡Demonio!... ¡Qué lata!...” Pero así quedaba pagada a la preclara asamblea esa visita formal—que los compendios de urbanidad llaman *de digestión*.

Dirá usted tal vez (y esa impresión me parece transparentarse en otros comentarios), que los personajes de *La Reliquia*: Teodorico Raposo, Maricoquinhas, la dulce Adela de la travesía de Caldas, y hasta ese Rabbi Jeschua Natzariéh, preso por predicar contra los cultos, las autoridades y las academias de su país—no eran tal vez los más correctos para llevar mis saludos a una corporación tan profusamente compuesta de consejeros de Estado. No lo creo, caro Pina. A nuestros

consejeros y académicos (¡honra eterna les sea dada en esta voluptuosa tierra del Sur!) no les desagradó jamás encontrar, en aquel crepúsculo en que se complace el Naturalismo, los ojos de Adela, relucientes, tunitillos, prometiendo mil cosas. Así lo insinuó, muy finamente, con una sonrisa disfrazada y picante, Píneiro Chagas en su informe. Y a más de eso, mezclados a esos indignos, ¡cuántos otros personajes hay en *La Reliquia* gratos a una Academia! ¿No iba allá el facundo Topsius, historiador de los Herodes y de los Lagidas, miembro del *Instituto Imperial de Excavaciones Históricas*? ¿No iba allá el doctor Margaride, que, por sus dos tragedias de mocedad, por el carácter rotundo de su verbo, por su ahinco "en saborear lo sublime", tiene de fijo un asiento ya marcado entre los inmortales del Arco de Jesús? ¿No iba allá, sobre todo, con sus cuentas y sus medias, doña Patrocínio de las Nieves, de naturaleza tan congénere con la Academia, que la una comprende la Religión exactamente como la otra comprende la Literatura?... Y, por lo demás, mi disculpa de enviar a esta gente pecadora y plebeya está en la decisiva máxima que nuestra nación puso en versos inmortales:

Pilriteiro, dás pilritos...
 ¿Porqué não dás coisa boa?
 Cada um dá o que tem
 conforme á sua pessoa (1).

Yo no podía dar a la Academia sino lo que tenía entonces y lo que, ¡ay de mí!, tengo siempre: espinos...

(1) "Espino albar, das espinos... ¿Por qué no das cosa buena? Cada uno da lo que tiene conforme a su persona." Esta es la traducción literal de la copla portuguesa.—*Nota del Traductor.*

En todo caso, no fué esta torpeza de mis hombres y de mis mujeres lo que, desde luego, me aseguró la imposibilidad de embolsar ese *conto* (1)—para mí fantástico como los de Hoffmann. Ni fueron tampoco, por otra parte, las imperfecciones de la obra.

La Reliquia es, ciertamente, un libro mal hecho. A sus proporciones les falta armonía, elegancia y solidez; ciertos personajes, sólo recortados y no modelados, ofrecen una notación uniforme y esfumada; la forma no tiene suficiente fluidez y ductilidad; antes bien, a veces se empasta y acaracola, y por querer ser grave parece rígida, como sucede a los grandes hombres de provincia, etc... Pero estos defectos, que sólo pueden ser sentidos por un gusto muy refinado en la perenne convivencia de las cosas de Arte, nunca podrían provocar la condenación de un libro en una Academia que no está poblada de artistas. No pienso en esto ser irreverente para con mis esclarecidos colegas. Como dijo el Príncipe de Gales al viejo y glorioso sastre Poole, en una circunstancia conocida y ya clásica: "No se puede razonablemente esperar que en un país todos los hombres eminentes sean sastres".

¿Qué me aseguraba, pues, de antemano, que mi libro, presentado a la Academia, no obtendría ni corona ni medias coronas?... (2)

¡Una cosa muy honrosa para la Academia, mi caro amigo! La certeza de que ella obedecería inconscientemente, como todas las Asambleas similares, al sordo

(1) Con esta palabra *conto*—que en portugués significa mil duros: *un conto de reis* y también cuento, narración—vuelve a hacer Eça un *calembour* imposible de reproducir en castellano.—*N. del T.*

(2) Otro *trocadilho* con la corona de laurel y las medias coronas de las monedas portuguesas.—*N. del T.*

y seguro instinto de su fin y de su misión en las Letras. Y por eso yo no concuerdo incondicionalmente con su vivo y áspero ataque, nacido, por lo demás, de un amor muy noble por toda independencia espiritual.

Desde que una Academia existe, ¿cuál es en el fondo su misión? Evidentemente constituir un Directorio intelectual que mantenga en la Literatura el gusto impecable, la delicadeza, la finura del tono sobrio, las perezas de forma, el decoroso comedimiento, todas las cualidades de distinción, de proporción y de orden. De aquí se deduce que las Academias deben tener una regla, una medida, una Poética, dentro de la cual sea su encargo hacer entrar, por el ejemplo y por la autoridad, toda la producción de su época. Y simultáneamente se desprende que deben condenar, como tribunal intransigente, toda obra que, brotando del vigor inventivo de un temperamento indisciplinado, se presente en rebeldía contra esa Poética, revestida, para los que tienen el privilegio de conservarla, de la sacrosanta autoridad de una Escritura.

Sin Academias, Inglaterra produjo y produce una literatura de incomparable nobleza y originalidad. Pero, al decir de los maestros, Sainte-Beuve y Renan, a la Academia debe la literatura francesa aquellas cualidades perfectas que la tornaron en todos los tiempos y en todos los géneros un modelo y que hicieron de ella en el siglo XVIII el más persuasivo y efectivo agente de civilización que hubo en Europa. Por otra parte, en los países del Sur, España tiene una Academia muy pomposa y una literatura muy mediocre. Y en Portugal no se puede valuar la eficacia de la Academia como no se puede apreciar la utilidad de un instrumento du-

rante largos años olvidado en el rincón de una casa, oxidándose y pudriéndose bajo la obscuridad y el orín.

En todo caso concedo que, si falta a una literatura una conciencia literaria, siempre presente y siempre activa, representada por una Academia que dé la regla y el tono, esa literatura puede caer a veces en la extravagancia, sobre todo si en ella abundan los genios vehementemente enérgicos, sinceros y apasionados, como en la literatura inglesa. Pero, sobre todo, sustento que, si a una literatura le faltasen los innovadores, revolucionando incesantemente la Idea y el Verbo, esa literatura, sujeta a una disciplina canónica, bien pronto se inmovilizará sin remisión en una mediocridad pulida y fría; sobre todo si en ella predominan las inteligencias claras, flexibles, comedidas e imitativas, como en la literatura francesa. De suerte que para poseer una literatura ideal, fuerte pero fina, original pero equilibrada, fecunda pero sobria, será necesario que en ella se contrapesen de cierto modo estas dos fuerzas: la Tradición y la Invención; que, por un lado, antes de todo, surjan los revoltosos, dando las emociones nuevas y creando las formas nuevas; y que, por otro lado, secundariamente actúen las Academias canalizando, dentro del gusto de la elegancia y del purismo, estas corrientes inesperadas de sensación y de idea. Esto será, por lo demás, en la esfera intelectual lo que es en la esfera social el equilibrio de la Tradición y de la Revolución.

En ese equilibrio está la condición propia del orden, del orden que en la Sociedad se reviste del nombre de Justicia y en el Arte resplandece bajo el nombre de Belleza. Sin la Tradición, los Estados y acaso las literaturas rodarían en la anarquía de un desordenado y estéril individualismo. Sin la Revolución, los Estados

se incrustarían en una tiranía inerte, produciendo, a más de todos los males, el enflaquecimiento de los caracteres; y las literaturas entrarían inevitablemente en la rutina, produciendo, por encima de todos los males, el adormecimiento de las inteligencias.

Aplicando, pues, estos principios, yo no hice seguramente mal en lanzar un libro de humorismo y de ironía, rebelde a la Santa Regla; y bastaría que a ese toque de rebato, dado por mano inhábil pero sincera, un solo espíritu despertase y se pusiese en marcha, para que el libro no fuese totalmente inútil. Pero, por otra parte, la Academia (desde el momento en que aun existe y tuvo la disparatada fantasía de despertar y de manifestarse) fué perfectamente coherente condenando el libro de rebeldía, en nombre de la Regla cuya custodia y defensa se arrogó; y bastaría que a ese aviso, mezquino pero honrado, un solo espíritu arrojado ya en la extravagancia entrase de nuevo en el orden para que ese voto, que usted reprueba, no fuese completamente inútil. Por lo tanto, creo yo que la recusación de *La Reliquia* es honrosa para la Academia. Pero también es honrosa para mí, loado sea el Señor...

Dirá usted, sin embargo, incrédulo y sonriendo: "¿Por qué entonces Pinheiro Chagas, en su informe, no dió estas razones para excluir *La Reliquia*; estas razones que serían las buenas, las grandes, las que ilustrarían al relator y pondrían un enjalbegado fresco en la ruinosa autoridad de la Academia?"

¿Quién sabe, mi querido Mariano Pina!... Tal vez por temer que estas razones no fuesen comprendidas por algunos de los académicos, ajenos a las cosas de la literatura y de la crítica. Tal vez por presentir que estas razones no podían ser aducidas en nombre de una Academia que, durante los prolongados años de su exis-

tencia, nada ha hecho para salvar en la literatura las reglas del gusto, de la pureza y de la delicadeza; antes bien, ha contribuído, por pensamientos y obras, a estragar esa literatura con una retórica, ya panzuda, ya lloramiquera y siempre lamentablemente pedestre.

El hecho es, querido Pina, que Pinheiro Chagas en su informe no da, con indecible asombro mío, las razones honrosas y altas. ¡Antes por el contrario!... Presenta para repeler *La Reliquia* razones extrañamente comineras y menudas, rastreras y groseras, como si en lugar de hablar en una Academia, se hallase conversando en un colmado ante hombres incultos, incapaces de comprender todo lo que es elevado o profundo

Si no, vea usted. ¿Qué subleva a Pinheiro Chagas? ¿Qué apunta él para la reprobación de la Academia? El sueño de Theodorico—ese sueño en que el hombre obscuro presencia aquello que Pinheiro Chagas llama reverentemente "las grandiosas escenas de la Pasión".

Pero en ese sueño ¿qué rasgo escandaliza y amarga más particularmente al relator?... ¿Por ventura le desagrade, como erudito, la reconstrucción de la vieja Jerusalén, el templo tumultuoso y el énfasis de sus Rabís? ¿Por ventura le ofende, como creyente, la explicación familiar y petulante de Misterios garantizados y protegidos por el Estado? ¿Por ventura le disgusta, como académico, la falta de sobriedad, de armonía, de proporción, de purismo? ¡No! Lo encuentra todo perfecto. Lo que indigna a Pinheiro Chagas, lo que él designa a la Academia como imperdonable, es que Theodorico haya visto la Pasión en su conmovedora posibilidad histórica—en lugar de haberla visto, como escri-

be textualmente, bajo las formas de un Evangelio burlesco.

Quiere decirse: para que *La Reliquia* agradase a Pinheiro Chagas y mereciese la coronilla de la Academia, yo debiera haber mostrado a Jesús de sombrero hongo y de lentes ahumados; a Pilatos dejando caer la pinguita de rapé sobre el *Diario de Noticias*; y al lado Ozeas, vocal del Sanhedrín, en un uniforme de policía civil, con un número en el cuello y hurgando un diente agujereado.

¿Es esto un académico hablando en una Academia? No. Es un hombre ingenioso y hábil, dando en un colmado, para condenar un libro, las razones chocarreras, las más apropiadas, las únicas accesibles a la comprensión escasa de sujetos que en torno se echan copas de ginebra al gaznate: —¡Ved, muchachos, qué libro inferior! ¡Jesús en serio como en el Testamento! ¡Pilatos en serio como en la Historia! ¡Así nadie ríe, nadie goza! ¡Lo que nosotros queríamos era Jesús camino del Calvario, con las botas torcidas, cojeando con un dolor en un callo!...

Pero al mismo tiempo, Pinheiro Chagas siente que esos hombres, aunque toscos, deben tener un resto de confuso y supersticioso respeto por la Religión de ese Jesús dentro de la cual fué moldeada su vida. Y muy sagazmente, en su esfuerzo por atraer la desaprobación sobre el libro, apela también a ese sentimiento. Pero ¿cómo? ¿Acusando alguna brutal negación de lo que es Dogma o alguna atrevida simplificación de lo que es Misterio? No. Todo eso lo juzga Pinheiro Chagas muy complicado para esas inteligencias subalternas. Y apunta entonces el detalle cominero y rastrero, el detalle que aquellos hombres broncos podrían más fácilmente apreciar—el cigarro que Theodorico enciende en

el Pretorio. Con la mano trémula, Pinheiro Chagas muestra el cigarro blasfemo. Y exclama textualmente: *¡Estremece, estremece en verdad ver aquel cigarro en medio de tan sublime agitación!...*

Por lo tanto, en resumen, lo que subleva a Pinheiro Chagas en este libro desdichado es que en él, Jesús de Galilea no aparece suficientemente burlesco, y que en él Theodorico Raposo no aparece suficientemente serio.

¡Nunca en una Academia se dijo nada tan extraordinario! Y nunca se trató a una Academia con tanto desdén por su inteligencia, por su gravedad y por su autoridad literaria.

¡Y ahí tiene usted, pues, querido Mariano Pina!... Si yo cuelgo de la túnica de Jesús un gran rabo de papel—¡era laureado! Y los mil duros serían míos—si yo hubiese arrancado prudentemente de las manos de Theodorico el funesto cigarro de Xábregas (1) ¡Siempre Xábregas! Pinheiro Chagas, con aquel ruidoso y valeroso afán que le trae arremolinándose de la Política para la Literatura—confunde la Academia con el Parlamento; ¡tómame aturdidamente por un ministro de Hacienda y acomete contra mí por causa de la cuestión de los Tabacos!...

Pero, en fin, loado sea Dios, si las razones del Informe para excluir *La Reliquia* no son las buenas—la decisión de la Asamblea, rechazando por el silencio el libro indigno de ella, fué admirable, ya naciese de una reflexión muy nítida, ya de un instinto nebuloso. Y ese silencio mismo constituye el único rasgo literario que

(1) Era por entonces la Compañía Arrendataria de Portugal.—N. del T.

advierto en este concurso de literatura. Porque todo lo demás se me figura deplorable.

La idea del concurso en sí es excelente, y revela en aquel que la concibió un sentimiento muy lúcido y muy exacto de este país, donde toda la producción, a más de la aceituna y del mijo (¡bendito sea Dios por ambas cosas!), ha de ser forzada y arrancada de un suelo esterilizado por medios artificiales, oficiales y de estufa. Pero la organización del concurso ¡es particular y conjuntamente desgraciada!

¿Quién la hizo? ¿Fué un académico? ¿Fué un dentista? Bajo el rey Luis XV y aun bajo Luis XVI, cuando en Versalles se necesitaba de un financiero (así lo asegura Beaumarchais) invariablemente se llamaba a un bailarín. ¿Quiso la Academia, en esta clásica coyuntura, traducir Versalles al caló? Necesitando de la experiencia de un escritor para organizar su concurso ¡apeló ella, con la gracia liviana de Luis de Francia, el *Bien Amado*, a la habilidad de un barbero? No sé. Pero si el encargado fué un académico, ¡entonces ahí tenemos otro Pinheiro Chagas, burlándose impudicamente de la inteligencia, de la seriedad y de la autoridad de la Academia!...

Yo no conozco, muy felizmente para mí, ninguna de las obras ofrecidas a concurso y más detenidamente loadas por el Informe. Bástame, sin embargo, saber que había un libro de viajes, un libro de odas, un drama en verso y una novela arqueológica, para pensar, desde luego, que cualquier preferencia, entre obras tan heterogéneas y tan poco susceptibles de comparación, nunca podrá ser determinada por motivos puramente literarios y críticos. Y para que la Academia permaneciese en la equidad, forzoso le sería decidir, no por las cualidades de los escritos, sino por las cualidades de

los escritores, todos hombres, todos ciudadanos, todos mortales y todos comparables, ya en su peso, en kilos, ya en su puntualidad a misa, ya en el aseo de su ropa blanca.

¿Cómo se pueden, por Dios santo, comparar libros de versos con libros de prosa, cuando la naturaleza de las dos formas y las propiedades que las caracterizan son esencialmente distintas; naciendo una toda de la emoción y la otra de la reflexión?

¿Quién puede jamás comparar Cartas de viaje y Odas pindáricas? Las cualidades de gracia, de observación, de facilidad, de ligereza, de *humour*, que harían de las Cartas una obra llena de gusto y de interés, desnaturalizarían las Odas hasta lo grotesco; al paso que el vasto soplo lírico, la majestad rítmica necesaria para cantar a Leónidas—o aunque sea al señor Duque de Avila (1)—darían a las Cartas una afectación intolerable.

¿Quién puede escoger jamás, por comparación, entre un drama romántico en verso o una novela arqueológica en prosa, uno viviendo de la pasión, la otra viviendo de la erudición; uno dando la síntesis de los caracteres por la elocuencia, otra dando el análisis de los caracteres por la investigación?... Las cualidades escénicas del drama harían a la novela enfática y vaga—y los predicados de reconstrucción, de resurrección histórica, de sabio detalle, que darían a la novela una viva posibilidad, convertirían el drama en una obra didáctica, difusa, chata y destinada al silbido!...

Suponga usted que yo penetro en la Academia Francesa con dos volúmenes en la mano y exclamo: ¿Cuál

(1) Político portugués de la época de Queiroz; primer Marqués de Avila y Boluma, a quien satirizó Antero de Qental.—*Nota del Traductor.*

E Ç A D E Q U E I R O Z

de éstos es mejor?—mostrando de un lado *Ruy Blas* y del otro *Salammbô*. ¿Ve usted desde ahí el encogimiento de hombros y la sonrisa de esa asamblea—donde se sienta Taine y donde se sentó Sainte-Beuve? Dice usted que en el jurado del concurso no había Taines ni Sainte-Beuves. No lo sé, porque muchos académicos que lo componían me son, con gran pena y desventaja mías, absolutamente desconocidos. Pero veo entre ellos tres o cuatro hombres ciertamente familiares con las cosas de la literatura. ¿Y cómo sucede que esos, por lo menos, no protestaron contra el encogerse de hombros y la sonrisa de los cuarenta inmortales? ¡Cómo! Con los hombros quietos, con los labios serios, votaron, escogieron, unos el Drama, otros la Novela, con la misma sencillez con que se decidirían a la cena por la pata o por el ala del pollo. Pero, ¡por Júpiter! creo yo que nadie podrá fundamentar su voto en razones que no sean grotescamente ajenas a la Literatura.

¡Caso sorprendente! Y sobre todo sorprendente para mí, porque descubro que la Academia tiene sobre libros la opinión de nuestro viejo criado Victorino. Este benemérito, cuando en Coimbra le mandábamos a buscar en un cofrecito, apellidado *Biblioteca de Alejandría*, un libro de versos, traía siempre un Diccionario, un Ortolán o un tomo de las Ordenaciones; y si por maravilla nos apetecía uno de estos tomos de instrucción, era seguro que Victorino aparecía con Lamartine o con *La Dama de las Camelias*. Nuestros clamores de indignación dejábanle superiormente sereno. Daba un tirón al chaleco de rayadillo y murmuraba con ingenuidad: —*Esto o aquello, todo son cosas en letra redonda.*

Ahora el jurado de la Academia parece pensar también que libros de viajes, odas, comedias, dramas en

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

verso, novelas arqueológicas—*todo son cosas en letra redonda.*

Victorino aun vive, conserva la misma dignidad fría y es mancebo de botica en Porto. Y dada tal similitud de opiniones literarias, ¿quién podría en la Academia negarle su voto—si Victorino quisiese pertenecer a la Academia? Nadie, lógicamente.

Pero basta... Creo que superabundantemente paliquemos ya sobre esta desdichada Academia, parecida a una de estas madres de melodrama a quienes los hijos más amados y mimados, como Pinheiro Chagas, desdeñan y escarnecen, y que el hijo preterido y abandonado como yo, piadosamente acude a defender cuando un gentil caballero como usted la llama, riéndose, vieja ridícula y tonta...

Le aprieta las manos, caro amigo, su devoto

EÇA DE QUEIROZ.